

# The Wild Laughter

Caoilinn Hughes

Translated by Clara Ministeral

1.

La noche que murió el Jefe, yo perdí a mi padre y el país perdió una batalla que no reconocía que estuviera librando. La de la clase trabajadora rural. La del patriarca decente y de fiar. La del derecho de acceso al jardín desde el campo.

Se nombró a un jurado para emitir un veredicto acerca de los daños. Sus miembros no vistieron de negro. ¿Es que no saben que el negro favorece? No como la verdad. Se mantuvieron a una distancia prudencial y en silencio. No como yo. Cuándo una confesión es una absolución y cuándo es una condena es lo que me gustaría saber. Supongo que solo hay un desenlace posible para las almas como las nuestras –almas lastradas como la mía y la del difunto Jefe– y que no es nada grato.

Pero voy a hablar claro, aunque solo sea para recordar a La Gente aquello que son: algo muy alejado de un instrumento judicial ecuánime. Establecer hasta dónde llega la putrefacción que está ennegreciendo la superficie no siempre puede dejarse en manos de deidades o de legisladores; a veces lo que hay que hacer es atar el diente con un cordón y cerrar la puerta de golpe.

2.

Era un chico listísimo. Mi hermano, Cormac. Su mente era un producto de lujo. La cara estaba racionada, todo hay que decirlo, pero no siempre se puede tener también el físico. Mitad tiranosaurio, mitad pelícano. ¡Imagínense esa amenaza de facciones! Los ojos muy juntos, un mentón como una extremidad más, la piel gruesa como la alfombra roja que se imaginaba desplegada bajo sus botas de goma. Alto como las puertas que esperaba que se le iban a abrir. A los doce años aparentaba veinte. La mente también iba adelantada, como he dicho. De vez en cuando alguna despistada mostraba interés en aquel espantajo (alguna muy despistada), atraída por su intelecto y su fanfarronería. Tampoco es que fuera haciendo alarde de su inteligencia. Pero percibías su presencia y sabías que en cualquier momento iba a darle la vuelta a algo que dijeras como al párpado de un niño para traumatizarte, para mostrarte la violencia que había detrás de tus palabras y que nunca era intencionada, o puede que sí.

[...]

Ya digo que no me molestaba su inteligencia. Al principio tenía un potencial tremendo, pero la tuvo escondida demasiado tiempo y se le acabó agriando. Él podía quedarse con su intelecto; yo tenía el físico. El pelo color barro del Jefe, ahora aclarándose como un montón de hierba segada secándose para elaborar heno, ¡bueno! La cabeza maciza, la nariz fina, unos ojos que podrían describirse como crema de guisantes con menta, un plato que se sirve frío. Era una cabeza más bajo que mi hermano, pero tenía unas proporciones como las del *David*. Traía locas a todas las chicas del condado de Roscommon, cosa que a él le costaba tragar pese a su barbilla de pelícano, o quizá a causa de ella. Quitando a los imbéciles, yo tenía aprecio a la gente. Y la gente me tenía aprecio a mí, a juicio de Cormac sin que hubiera motivos para ello. Yo no tenía absolutamente

nada que aportar: ni conocimientos, ni astucia ni aptitudes para el deporte, y claro, ¿para qué más podría servir una persona? El deporte le daba una justificación para ausentarse y librarse del trabajo en el campo. Del trabajo de cuidados. De la condena. Su ausencia significaba mi reclusión. No te muevas de donde estás, Hart, era lo que me estaba diciendo. Mantente bien alejado de mi círculo.

No hay muchos círculos en un pueblo del tamaño de un socavón. Mis palabras y mis actos repercutían en su imagen, así que él me quería sin mis briznas de paja en el pelo, sin mi atractivo en la cara. Él quería que supiera hacer cálculos y cambiar ruedas. Que me entusiasmara la mecánica, tanto la de Newton como la de Ford. Que supiera que un abono en cuenta no tenía nada que ver con fertilizantes. Pero yo no quería su aprobación ni la de su pandilla, ese comité de expertos. Nosotros venimos de un sitio en el que a los bebés se los envuelve en sacos de arpillera. Yo nunca me dejé convencer por la idea de una realidad alternativa, por muy abajo que llegaran los tipos de interés en el juego del limbo con el que recibieron el nuevo milenio, por mucho que pudieras irte conduciendo hasta Dublín para probar un coche que estuvieras pensando en comprarte y que, si no te gustaba, nadie fuera a reprenderte ni a reclamarte diez euros por la gasolina. Cormac sí que cerró un trato con la nueva realidad. No es que hiciera ninguna estupidez: él no vendió su juventud, como tantos otros, a cambio de un barco en el Shannon, un porche acristalado para ampliar el salón, un decorador, una sala de ordeño rotativa o una estilista personal. No. Él quería unos estudios universitarios. Una nueva forma de vida, algo menos parecido a la pura subsistencia; una vida que no apestara a miedo y a supervivencia. Un reto para el que hubiera que usar las neuronas, no deslomarse. Hizo un cálculo rápido de cómo se estaba transformando el país, uno de esos supuestos tipo si un tren va viajando a una velocidad de tantos kilómetros por hora y va directo hacia un muro de piedra pero en el tren se está viviendo la juerga padre, ¿qué opciones tienes?

[...]

8.

—En un patatal no se pueden hacer recortes... *agus sé sin an fhadhb* —exclamó el Jefe desde el tractor esa noche cuando salí a llevarle un sándwich. Sus padres, que quedaron reducidos a cenizas en un incendio en un silo siendo él adolescente, eran hablantes de irlandés. Él seguía usando alguna expresión de vez en cuando en su honor.

Me acerqué a él caminando por el barro. Quería que estuviera dentro de casa, sentado en la sala de estar con el periódico abierto sobre el ancho regazo como el cadáver de una raya, conmigo tirado en el sofá medio dormido y haciendo como que leía *¡Filadelfia, allá voy!* (la obra de teatro del temario de selectividad, que trata sobre las cosas que quiere decir Privado pero que Público no consigue expresar por la cobra que tiene entre las piernas y por el miedo a cómo va a reaccionar el resto del mundo, ¿y a que todos podíamos identificarnos con esos obstáculos?). Quería poner fin a todo esto. Ir directo al grano con el Jefe, como el dicharachero Privado, y hacerle unas cuantas sugerencias a la desesperada sobre las propiedades:

¿No había algún pobre ignorante que no saliera mucho de casa o que no tuviera internet, que milagrosamente no supiera que este país se había ido al guano y que quisiera comprarse un chalé en una urbanización con piscina en Málaga, con lavavajillas, toldo eléctrico y baldosas gran formato? En su defecto, ¿no se podría invertir en algo, ahora que estábamos todos metidos en el fango hasta las cejas y era imposible hundirse más? ¿No era hora de dejar esta vida pasada de moda? Si pudiéramos vender algo —yo podría vivir sin un riñón, tenía mi físico— u organizar un torneo de póquer en el condado y que

mi hermano Cormac lo ganara calculando las probabilidades con ese cerebro gigantesco que tenía... para igual así empezar a recuperarnos, sin prisa pero sin pausa... Lo que acabé diciendo, al tiempo que le ofrecía el sándwich, fue:

—Es de cordero.

Se bajó del tractor con dificultad. Llevaba detrás un aporcador de discos para ir levantando la tierra y cubriendo con ella las plantas de las patatas. Aunque el motor estaba apagado y su ruido como de aspiradora había dejado de sonar, los discos inclinados siguieron moviéndose, amontonando la tierra como las manos de un niño al juntar arena para construir un castillo. Las plantas se inclinaban para que el tractor pudiera pasar por encima y después volvían a erguirse de golpe, con aspecto renovado, devoto.

—¿Qué, te están quedando rectas las líneas?

Los dos recorrimos con la mirada la línea donde la tierra había adquirido un tono más oscuro, que quedó iluminada por un destello de la luna y que llegaba hasta nuestra casa, con las luces encendidas a media hectárea de nosotros.

—No mucho —contestó—. Dentro de poco me veo haciéndolo a mano. Y echando el pesticida a gotitas —añadió mientras cogía el sándwich.

—¿Con un espray de los de los productos de limpieza?

Me guiñó un ojo y se metió un cuarto de sándwich en la boca de una vez. Las oportunidades llegan en toda clase de tamaños y circunstancias, ¿esta vez en forma de boca llena? No, era demasiado pronto. Pero tenía la cabeza tan ocupada con las cosas importantes que quería decirle que no se me ocurría ninguna trivialidad. El Jefe masticó y tragó con sequedad. No era una persona que sintiera la obligación de hablar por hablar. Estaba a gusto recuperando fuerzas tranquilamente.

—El martes volvemos al instituto. Mañana no hay clase —dije. Él respondió con un ruido de asentimiento—. Cormac está con cosas de la universidad.

Me miró de refilón y dijo con la boca llena:

—¿Tienes suficiente que hacer?

De pronto me avergoncé de haber sacado el tema de las clases, a esas alturas. Había aprobado raspando tres de las asignaturas de selectividad el año anterior: Irlandés, Matemáticas de nivel medio y Geografía. No estaba claro que ese curso fuera a aprobar el resto.

—Podrías ayudarme a ensanchar el estanque de abajo —dijo el Jefe con un tono casi optimista—, hay que sacarle toda esa cantidad de agua que le ha caído este año.

—Sí, vale. Pero quiero hacer algo, no sé. —Lo suyo habría sido querer adquirir algún tipo de habilidad práctica, pero intenté no mentirle—. Me gusta construir cosas. Igual carpintería, si no estuviera tan cansado por... —Llevé la vista del campo al cielo en busca de algo a lo que poder culpar de mi agotamiento. La luna había quedado oculta tras unas enormes nubes plomizas—. Ni el mismísimo Gandhi habría tenido paciencia para dedicarse a la astronomía aquí. —Oí el prometedor sonido de una débil risa—. Un día de estos no nos va a quedar otra que empezar a elaborar nuestro propio alcohol. O igual debería bajar el violín del desván. Aprender a tocar una canción melancólica sobre la crisis.

El Jefe hizo una mueca.

—Y tanto que sería melancólica. No me vayas a pedir que te pague clases de violín, yo solo te digo eso. —Le vi llevarse la mano al bolsillo en la penumbra—. Siempre estás con lo de viajar, igual podrías ver un poco tu propio país antes de largarte a Alemania, a Camboya o a donde sea que estés pensando irte. Andar es un pasatiempo tan bueno como otro cualquiera, para conocerse a uno mismo. En esta llanura hay historia suficiente para llenar una cabeza de buen tamaño. Aquí puedes pasearte junto a las tapias de piedra sin tener que andar apartando turistas a codazos.

Le miré para que pudiera leer la expresión de mi rostro: el miedo a los perros que me tenía doblemente sitiado.

—Ah, siempre se me olvida lo de los perros.

Se metió el resto del sándwich en la boca. No insistió. Le alcancé un termo con té grisáceo y él me devolvió los trozos de papel de cocina. En ese momento me pareció que estaba lo bastante relajado, así que respiré hondo y lo solté todo rápidamente:

—Podríamos declararnos en quiebra. Se le ha ocurrido a Cormac, así que seguro que está bien pensado. Es que ninguno de los dos queremos trabajar en el campo, papá. Es una vida que está bien, pero Cormac es demasiado arrogante para dedicarse a eso. Dice que ni de coña va a trabajar él por subsidios del Estado. Y... ¡con una cara como la mía se puede ir a cualquier sitio! Igual conozco a una chica y ella no va a querer esta vida. Estaba pensando que Australia estaría bien. Y la cuestión es que... si te declaras en quiebra podrías jubilarte, ¿de todas formas no era esa la idea con lo de las casas y todo el follón?

Hacía rato que se había tragado lo que tenía en la boca y estaba mirando al inquieto paisaje, iluminado intermitentemente por aquella luna lumbrera, como si la noche estuviera alertando de la presencia de un arrecife peligroso a lo lejos. Medía casi un metro noventa y le quedaba otro año con esa estatura, seguido de cinco años de quiebra y caída en picado. A su lado me sentía como un crío.

—Vosotros y vuestras grandes ideas —dijo, no dirigiéndose a mí sino a las horas de trabajo que tenía por delante. En ese momento me alegré de que no me estuviera mirando. No había forma de saber lo desacertado que había estado, pero era un alivio no seguir teniendo la idea reprimida dentro de la cabeza—. Puedes decirle a tu hermano que vuestras ideas solo sirven para llenar los bolsillos de los hombres como Morrigan. Y de paso para que se crean aún más superiores.

Intenté entender a qué se refería, pero aquel era un tono que no había oído nunca. Entonces me di cuenta de que no estaba hablando de la idea de declararnos en quiebra. De alguna forma debía de haberse enterado de lo que habíamos hecho: vengarnos del cabrón que había llevado a mi padre a la ruina. Habíamos hecho una carnicería con sus corderos, de madrugada. Los habíamos despellejado, como había hecho él con nosotros.

—Fue para devolvérsela —dije.

El Jefe levantó la mandíbula, cubierta de una barba incipiente; su rostro quedaba ensombrecido por la gorra.

—Los corderos se los ha reclamado al seguro, Morigan no había conseguido venderlos por el precio que pedía estando el mercado tan difícil como está. Estaba esperando al último minuto para deshacerse de ellos. Ha llamado esta mañana todo orgulloso, alardeando del regalo que le ha caído del cielo de Semana Santa.

El Jefe nunca habría sido tan directo con Cormac. Fue como si el ambiente nocturno y los cerosos oídos de su inofensivo hijo menor fueran las condiciones propicias para hablar. Pero en ese momento yo habría preferido no haber oído nada. Como un idiota, le dije:

—Déjame que te releve y haga yo una hora. Intentaré no apartarme del camino recto.

No sonrió, sino que tiró el termo al interior del tractor y se subió al asiento con una nueva ligereza en el cuerpo.

—Lo que vosotros no entendéis... —Se detuvo—. Pero claro, ¿qué vais a entender si nadie os lo ha enseñado?

El motor emitió un carraspeo y el Jefe se alejó en su maltrecha máquina, haciendo las líneas más rectas que puede hacer un ser humano, adentrándose en la inescrutable noche.

© Clara Minstral & Literature Ireland, 2020